



Año 2, N° 30

La Página Semanal

Programa de Fortalecimiento de la Educación Cristiana



Domingo 25 de Abril de 2004

La Lectura

Juan 21:1-19

En este Tercer Domingo de Pascua, seguimos celebrando la noticia que más alegría y plenitud de gozo nos otorga: Jesucristo, Dios hecho hombre, después de haber sufrido la más cruel de las muertes para liberarnos a nosotros, todos los seres humanos, del pecado y de la muerte, resucitó y vive hoy entre nosotros. Este tiempo de Pascua dura cincuenta días, que van desde el Domingo de la Resurrección hasta Pentecostés. Durante estas *siete semanas*, nos enfocaremos principalmente en el ministerio de Jesús Resucitado presente físicamente entre sus discípulos, lo cual ocurrió durante cuarenta días (tal vez como contrapartida a los cuarenta días de la tentación de Jesús en el desierto). Diez días después de su Ascensión al Padre, llegaremos a la fiesta de Pentecostés, la fiesta de la Iglesia, de la venida del Espíritu Santo.

El texto que nos proporciona San Juan para este domingo es parte de lo que se conoce como el “segundo final” de este Evangelio. Jesús se había aparecido ya a María Magdalena en la tumba vacía y luego se apareció a sus discípulos reunidos dos veces (la primera sin Tomás y la segunda con él). Ahora se aparece una vez más en una situación diferente a las anteriores. Los discípulos habían vuelto a su lugar de origen y nuevamente habían comenzado con sus tareas anteriores a conocer a Jesús. Pareciera que no habían terminado de comprender y creer que Jesús había resucitado y que ellos también eran partícipes de la nueva vida plena en Cristo. Estaban pescando y no les iba nada bien, según lo que relata San Juan. No habían logrado sacar nada. La vida parecía haber vuelto a ser la misma que antes, llena de problemas, sin esperanzas, tristes, abandonados..., pero ¡¡¡no era así!!! Por que Jesucristo, el Señor nuestro Dios, venció a la muerte, al poder del mal y está presente entre nosotros. Es importante que reconozcamos verdaderamente al Resucitado y que a partir de ello podamos sentir la confianza suficiente como para lanzarnos a la vida nueva que Jesús nos propone. Jesús vive y está con nosotros,

por lo tanto ya no hay nada que temer. Los problemas continuarán y aumentarán, pero Cristo Jesús nos acompaña, nos da fuerzas y nos protege, lo cual convierte los problemas en desafíos a superar. Dejemos atrás nuestro pasado lejos de Dios, y con la confianza que nos brinda la Resurrección animémonos a vivir al modo de Jesús, entregándonos en amor a Dios y a nuestro prójimo. Jesús vive y nos dice “*sígueme*”. No podemos seguir con las redes vacías, con Jesús pescaremos cantidades insospechadas. En esta Pascua necesitamos pedir a Dios que nos abra el corazón para permitirnos que la fuerza que emana de la Resurrección nos impulse a despertar a la nueva Vida desde ahora y para siempre. La Vida eterna está ya disponible para todos aquellos que confiemos en Jesús y lo sigamos. ¿Vamos a desaprovechar esta invitación sin igual?

La Actividad

Reconozcamos a nuestro Señor Jesucristo

Objetivo

Aprender a reconocer a Jesucristo entre nosotros.

Materiales

Dibujos y/o fotos con diferentes caras de personas (si tienen disponibles, también con fotos de los chicos y chicas). Además, una o dos que representen la imagen de Jesús, que conocemos habitualmente.

Acción

Podemos leer con los chicos/as los versículos donde los discípulos no reconocen a Jesús en primera instancia, y después, gracias al discípulo amado, lo reconocen (Jn. 21: 4-8).

Les planteamos a los chicos si nosotros hoy sabríamos reconocer a Jesús, cómo podríamos darnos cuenta de que es Él. Mientras se hace ese planteamiento, sacamos las fotografías y se las mostramos, pidiendo que identifiquen a Jesús cuando vean “la foto de Él”. Es probable que reconozcan las típicas imágenes que lo representan. Nos quedamos con esas imágenes, y les preguntamos qué características podemos reconocer en Jesús, más allá de la apariencia física. Por ejemplo: humilde, obediente al Padre, amoroso, justo, etc. ¿Nos acercamos a esas características? ¿Tratamos de ser buenos seguidores de nuestro Señor?

Podemos proponernos como tarea, **tratar** de parecernos a Él y seguir su ejemplo. Así, podremos reconocer a Jesús también en los demás rostros (de las fotos que teníamos), en nuestros prójimos y en nosotros mismos. Recordemos que Jesús está en cada prójimo que dejamos de lado y en cada prójimo que ayudamos (Mt 25: 31-44). “Lo que a uno de mis pequeños hicisteis, a mí también me lo hicisteis”.

Iglesia Evangélica Luterana Unida

Marcos Sastre 2891 – C1417FYE Buenos Aires

Tel: 4501-3925

Fax: 4504-7358

catequesis@ielu.org



Tenemos presente que...

Continuamos viendo la próxima Estación en el Año Litúrgico. En el número anterior analizamos muy brevemente la Cuaresma y ahora mencionamos algunas cosas de la Pascua y el Triduo Pascual que le antecede.

Triduo pascual

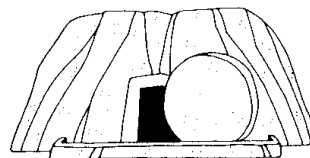
La solemnidad pascual está unida desde el principio a la Noche Santa, la Vigilia Pascual en la que la Iglesia vela con amor a la escucha de la Palabra de Dios, y celebra los sacramentos: Bautismo y Eucaristía. Es el momento en que todos los fieles de Cristo renuevan junto con Él su caminar hacia el Padre. La Vigilia Pascual constituye el culmen del año cristiano.

Pero también el corazón posee sus razones. Por consiguiente, aun hallando en la celebración de los sacramentos durante la Noche Santa lo esencial de la fiesta pascual, la Iglesia siente la necesidad de seguir paso a paso al Señor Jesús en su Pasión redentora, desde la cena en que instituyó la Eucaristía hasta las apariciones por medio de las cuales dio a conocer su resurrección a los discípulos. El triduo pascual de Cristo muerto, sepultado y resucitado nace de esa necesidad. Tiene lugar desde la tarde del Jueves Santo hasta el Domingo de Pascua: el jueves, a la tarde, se celebra la Misa de la Cena del Señor; el viernes (en las primeras horas de la tarde según la tradición más antigua o por la noche según otras) se celebra la Pasión de Jesús; el sábado, honra -con la ausencia de toda celebración litúrgica- el misterio de Cristo en el sepulcro, y en la Misa del domingo damos gracias a Dios por la maravilla que ha obrado al resucitar a su Hijo de entre los muertos y al franquearnos, mediante ese mismo hecho, las puertas de la Vida.

Tiempo pascual

No basta un solo día para expresar la alegría de la Resurrección. Por consiguiente, la Iglesia celebra la fiesta pascual durante los cincuenta días que separan la Pascua de Pentecostés. La lectura diaria de los Hechos de los Apóstoles y del Evangelio Según San Juan pueden guiarnos para descubrir durante siete semanas todo lo que la muerte y la resurrección del Señor han supuesto para el mundo, y hace elevarse a Dios la alabanza de los redimidos por medio del canto del Aleluya, que no se había escuchado durante toda la Cuaresma.

A los cuarenta días de la Pascua -o el domingo siguiente en algunas Iglesias- celebramos la Ascensión del Señor. Desde ese día, en la celebración litúrgica se une el recuerdo de la venida del Espíritu Santo a la alegría pascual.



La tumba vacía es uno de los íconos que mejor expresan la maravilla de la Pascua. Cristo ya no está ahí porque ¡Él vive!

